

El volador de hojas

BLANCA DOMÉNECH

El volador de hojas

Personajes

BLANCA/BIANCA (45 años): *Voz suave, con un timbre cálido, tono medio y ritmo envolvente*

LUIS/LLUÍS (44 años): *Voz expresiva, con un timbre enérgico, tono alto y ritmo rápido y entusiasta*

WILLY / JARDINERO JEFE (43 años): *Voz grave y pausada, con un tono profundo, timbre cálido y ritmo lento y marcado*

ESTRELLA (25 años): *Voz quebrada, con un timbre resonante y emocional, tono medio y ritmo irregular e íntimo*

Voces en off

BLANCA 2 / BLANCA 3: *Serán ejecutadas por la misma actriz que interpreta a Estrella*

BLANCA 4: *Niña de ocho años*

VOZ FEMENINA: *Para los fragmentos en off de las escenas 4 y 8*

1

En la oscuridad, un foco ilumina la figura de Blanca. Lleva unos auriculares de diadema y en una mano sujeta un fajo de hojas. Está frente a un micro con soporte de pie, mira la primera página y lee. El sonido será de mala calidad pero suficientemente nítido durante la lectura del pasaje.

BLANCA.— “‘A veces, para avanzar hay que retroceder’, pensó mientras veía la ciudad desaparecer poco a poco en la lejanía. No sabía hasta qué punto su mundo iba a dar un giro radical, pero lo intuía. Todo lo que estaba ocurriendo parecía irreal. Había pasado la noche en vela, llorando al tiempo que hacía una maleta cuyo peso máximo no debía exceder los 23 kilos, lo que la obligaba a hacer una minuciosa selección y dejar abandonados en el apartamento ropa, muebles, cuadros, utensilios y, sobre todo, sus libros. El *landlord* le había dicho ese mismo día que no podía hacerse cargo de nada y, como todo había sucedido de una forma tan imprevisible, se había visto obligada a renunciar a casi todas sus pertenencias, algo que la llenaba de rabia y de dolor. No se trataba de cosas materiales, sino de símbolos de su esfuerzo, de su perseverancia; representaban cinco intensos años de vida en la ciudad. Ya bien entrada la mañana, salió apresuradamente a la calle, entró en una *pharmacy* y, por primera vez en su vida, compró un pack de mascarillas quirúrgicas y una caja de guantes de plástico. Después preguntó entre sus vecinos dominicanos si alguno podía llevarla esa tarde al aeropuerto John F. Kennedy. Le dieron el contacto del Flaco, entre cuyos múltiples trabajos estaba el de taxista eventual. Durante el trayecto, mientras de fondo sonaba una canción de Maluma y el Flaco la cantaba a viva voz, fue consciente de que se estaba yendo para siempre. Aquello era un

adiós en toda regla. Miró por la ventanilla. El coche se acababa de incorporar a la autopista y el fulgor de las luces de la ciudad se disipaba lentamente a su espalda, titilando como un recuerdo que se aleja. Sintió que se ahogaba. Respirar bajo la mascarilla era aspirar un aire caliente y breve, insuficiente; como si la atmósfera se hubiese encogido. (*Pausa*) Doce horas después, salía por la puerta del aeropuerto de Barajas. Su madre había pedido a un amigo taxista que fuera a recogerla. Nada más montarse, se encontró peligrosamente agotada, casi enferma. Llevaba dos noches sin dormir. Pese a que el avión venía prácticamente vacío y había espacio para tumbarse en los dos asientos contiguos, había pasado la noche con taquicardia, angustiada por el recurrente pensamiento de que no llegaría a Madrid: en su mente, el avión iba a desviarse sin remedio para acabar aterrizando en algún lugar remoto. Por suerte, no había ocurrido. Suspiró. Luchaba por mantener los ojos abiertos cuando Josito, el taxista, comenzó a hablarle. ‘Has hecho bien en volver. La cosa se está poniendo muy fea’, dijo, y subió el volumen de la radio. Eran las once y cuarto de la mañana del 15 de marzo de 2020 y todas las emisoras hablaban del mismo asunto: la expansión del COVID-19. ‘Un día más y no entras. Ya ves que hoy mismo han cerrado la frontera con Estados Unidos. El Gobierno ha decretado el estado de alarma y el confinamiento. ¿Lo sabías? Llevan toda la mañana anunciando restricciones... Es acojonante’. Ella no contestó. ¿Qué podía decir? No le salían las palabras, así que hizo un gesto de impotencia y cerró los ojos. Durante el resto del trayecto escucharon en silencio las cifras de contagios y fallecimientos, los detalles sobre la cuarentena, el aislamiento, la cancelación de eventos públicos y la suspensión de clases, consejos de higiene, reportes sobre la compra masiva de papel higiénico...

Pasados unos cuarenta minutos, divisa el río y, al fondo, las imponentes montañas. (*Pausa*) Están a punto de llegar. Lo primero que ve cuando el taxi entra en el pueblo es el centro comercial más antiguo de la zona, ahora venido a menos. Cuando enfilan la calle Real se reencuentra con ese pueblo tan feo, tan anodino, del que tanto ha renegado...”

Se escucha de fondo el ruido de un soplador de hojas. Blanca deja de leer. Está incómoda. Mira hacia los lados y hacia atrás. Por un momento parece que va a decir algo, pero no lo hace. Fija la vista en la página y continúa leyendo, con creciente nerviosismo. El ruido se mantiene de fondo.

“... pero que, a fin de cuentas, es su pueblo. Sus padres se trasladaron aquí cuando ella apenas tenía tres años, a principios de los años ochenta. Todos los recuerdos de su niñez pertenecen a este municipio. Y, sin embargo, para ella, es una aberración urbanística, muestra de los disparates de la construcción de aquellos tiempos. (Pausa) Eso mismo piensa cuando vislumbra la gigantesca urbanización en la que ha vivido la mayor parte de su vida...”.

El ruido se escucha un poco más fuerte. Blanca pausa la lectura de nuevo, indignada. Mira hacia atrás. Luego hacia un lado. Hace un gesto, como si estuviera diciéndole a alguien: “Espera un poco”. Fija la mirada en la página y continúa leyendo. El ruido persiste.

“Cuando el taxi entra en la urbanización y empieza a recorrer sus calles vacías, se siente extranjera en casa; como si fuera una persona diferente en un entorno en el que ya no se maneja... ‘¿Cuál es tu identidad cuando regresas a tu lugar de origen después de tanto tiempo?’, piensa. Antes de que articule una respuesta, el taxi se detiene. ‘Hogar, dulce hogar’, dice Josito al despedirse”.

Blanca detiene la lectura y enciende una luz que desvela el espacio donde se encuentra. Se trata de una buhardilla de unos veinticinco metros cuadrados, con techo a dos aguas y algo destaralada. Destacan un armario de gran tamaño desvencijado, una estantería llena de trastos viejos, un colchón en el suelo, un espejo deslustrado de cuerpo entero, una mesa con un montón de arañas y tres sillas desaparejadas.